

JAVIER MORENO LUZÓN

CENTENARIOMANÍA

**Conmemoraciones hispánicas
y nacionalismo español**

Marcial Pons Historia

2021

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
ABREVIATURAS	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1. EL PASADO EN LA ARENA	17
Historia, memoria, conmemoración	20
Fiestas nacionales y centenarios	27
CAPÍTULO 2. ENTRE EL PROGRESO Y LA VIRGEN DEL PILAR	41
Las múltiples conmemoraciones de 1908	45
Tierra de mártires y héroes	59
El triunfo del nacionalismo regeneracionista	70
CAPÍTULO 3. RECONQUISTAR AMÉRICA PARA REGENE- RAR ESPAÑA	83
De conferencias, embajadas y banquetes	86
Españolismo hispanoamericanista	93
Patriotas de Ultramar	103
La madre asiste a las bodas de sus hijas	120
CAPÍTULO 4. MEMORIA DE LA NACIÓN LIBERAL	133
Patriotismo o traición	137
Celebraciones cruzadas	153
Lugares para la memoria	164

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 5. HEREDEROS DE BALBOA.....	177
Salvar el pasado de España	182
California española	186
La república de Balboa.....	203
 CAPÍTULO 6. LA LENGUA DE CERVANTES.....	 215
Las caras de un símbolo	221
Centenarios transnacionales	226
Cervantes cubano	231
España cervantina.....	235
Una institución ejemplarísima.....	243
Monumento al alma de la raza	246
 CAPÍTULO 7. GLORIAS PATRIAS.....	 255
La epopeya nacional	260
Por qué España es grande	267
La conmemoración que no cesa.....	277
 AGRADECIMIENTOS Y REFERENCIAS	 293
BIBLIOGRAFÍA	295
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	317

INTRODUCCIÓN

«Nos dió por los centenarios»

El País, 4 de marzo de 1910

El 23 de abril de 2020, Día internacional del Libro, en medio de una terrible pandemia global que causó centenares de miles de muertes y encerró en casa a todo el mundo, decenas de instituciones españolas honraron la efeméride. Lo hicieron con lecturas participativas y en voz alta— en formato virtual, por esta vez— de *Don Quijote de la Mancha*. Era ya una costumbre muy arraigada, que se había generalizado desde la década de 1990 para conmemorar la muerte de su autor, Miguel de Cervantes, en esa fecha de 1616. El ritual se repitió en lugares como Benidorm (Alicante), Marcilla (Navarra), Zamora o Córdoba, junto a numerosos pueblos y ciudades de Castilla-La Mancha y de la Comunidad de Madrid, a cargo de ayuntamientos, bibliotecas y asociaciones vecinales. El municipio de Alcantarilla (Murcia), por ejemplo, convocó una lectura desde los balcones y ventanas; mientras el profesorado de Lengua y Literatura Hispánicas de la Universitat Rovira i Virgili, en Tarragona, llamaba a declamar una versión multilingüe del clásico. La del Círculo de Bellas Artes de Madrid, como otros años, fue iniciada por el premio Cervantes, ahora el poeta catalán Joan Margarit, a quien siguieron las hijas de los reyes de España, la princesa Leonor y la infanta Sofía. Pero el acto más impresionante, y el único presencial, fue el que se organizó en el enorme hospital de campaña improvisado en el recinto ferial de Ifema, a las afueras de la capital, donde pacientes y sanitarios quisieron expresar así la especial conexión que había surgido entre ellos. Los vínculos comunitarios se tejían en torno al *Quijote*.

Las conmemoraciones, en forma de aniversarios o centenarios, adquirieron un protagonismo imposible de soslayar, por su poder de convocatoria, en la creación y el sostenimiento de identidades colectivas. Sobre todo de las identidades nacionales, determinantes en el ámbito político desde hace más de doscientos años, durante los cuales algunas celebraciones decantaron fiestas y símbolos duraderos. Este libro se centra en las que anegaron una etapa clave en la historia de la España contemporánea, las primeras décadas del siglo XX, cuando su intensidad y frecuencia autorizan a hablar de *centenariomanía*. Entonces terminaron de fijarse algunos de los elementos más sólidos y perdurables del imaginario español, como la Guerra de la Independencia, el descubrimiento y conquista de América y la encarnación del genio nacional en la obra de Miguel de Cervantes, sobre todo en el *Quijote*. Hubo otros muchos personajes y emblemas conmemorados en aquel momento, desde *el Greco* hasta Santa Teresa de Jesús, pero no alcanzaron la importancia de los anteriores. En realidad, España se había incorporado a la moda internacional de los centenarios unos años antes, con cierto retraso respecto a otros países occidentales, al festejar el teatro de Pedro Calderón de la Barca en 1885 o la pintura de Diego Velázquez en 1899. Los cuatrocientos años del primer viaje de Cristóbal Colón, en 1892, habían inaugurado asimismo el interés por destacar la vertiente imperial de las glorias patrias. Sin embargo, fue la derrota en la guerra con Estados Unidos de 1898, pronto conocida como *el Desastre*, la que detonó mil y una campañas del españolismo, empeñado en regenerar a la patria degenerada y marcado con un punto de ansiedad por el surgimiento simultáneo de los movimientos nacionalistas, catalán y vasco, que ponían en solfa la estructura del Estado.

La exploración de la *centenariomanía* en la época regeneracionista, entre 1898 y 1918, permite profundizar en algunas cuestiones generales que afectan al estudio de todo nacionalismo y en particular al del caso español. Aún aparece de cuando en cuando la creencia en una norma única que, con herramientas nacionalizadoras como las conmemoraciones, habría regido en los procesos modernos de construcción nacional. Una norma de la cual se separó España para constituir algo así como una excepción que, además, desembocó en un rotundo fracaso. La mayor parte de los especialistas en la materia ha abandonado este viejo paradigma

de la diferencia, pero la impresión subsiste todavía en el sentido común de muchos opinantes y en algunas obras historiográficas. Aquí se defiende al respecto una postura matizada, no siempre bien entendida: no existió una regla a la que hubiera que someterse, ni siquiera en Europa, sino que cada país siguió su propia vía sin renunciar a ciertos rasgos comunes. Los españoles de hace un siglo se lanzaron, como sus coetáneos, a la conmemoración de mitos nacionales y, como ocurrió en otras latitudes, hubieron de afrontar desafíos importantes, como la pujanza de los nacionalismos subestatales o la sempiterna ineficacia estatal para llevar a cabo algunos de sus propósitos. Rechazar la excepcionalidad no supone negar los problemas que sin duda tuvo el españolismo para imponerse y que ha arrastrado hasta nuestros días.

Este análisis desmiente también otros supuestos habituales al hablar del desarrollo de las naciones en el mundo contemporáneo. El primero, que su único motor residía en los poderes centrales del Estado, cuando lo más frecuente —y en ciertos lugares, lo básico— era la participación de fuerzas sociales y políticas diversas, con las que los gobernantes tuvieron que negociar. Del mismo modo, que lo nacional se oponía a lo local o a lo regional, cuando más bien fue al contrario: a menudo los círculos más próximos encauzaban las lealtades nacionalistas. Uno de los errores más repetidos a la hora de juzgar la trayectoria de España en este campo consistía en buscar sus carencias frente al modelo idealizado de Francia, según el cual la única manera de nacionalizar a la población provenía de las iniciativas de un gobierno centralizado y uniforme. No solo los organismos a ras de suelo, también las variantes localistas de la identidad nacional representaban papeles relevantes. Más aún, aquí se pone el foco sobre una dimensión casi olvidada de las construcciones nacionales: la transnacional, que en cuanto atañe a la española, pendiente —y dependiente— desde aquellos tiempos de la América hispana, resultó más que significativa. Hubo pues centenarios que se celebraron de manera simultánea en varios continentes y que supusieron un reto para la política exterior.

Por último, los relatos sobre el pasado que pusieron en juego las conmemoraciones no se tallaron como bloques homogéneos, sino que se prestaron a múltiples versiones y a una pugna incesante entre quienes deseaban, por así decirlo, llevar el agua a su molino. O sea, imponer su versión de lo ocurrido con el fin de legitimar sus

propias posturas e intereses, en capítulos esenciales para la historia cultural de la política. Un enfoque que no contraviene, sino que completa, los de la historia política tradicional. Por aquí desfilan dirigentes de distintos colores, miembros de la familia real, académicos, militares, periodistas, escritores, eclesiásticos, emigrantes, diplomáticos, sociedades recreativas o profesionales, alcaldías y comisiones variopintas, hasta gentes de a pie como las de Ifema, a veces bajo el paraguas de un amplio consenso sobre la necesidad de celebrar tal o cual acontecimiento y otras veces en radical desacuerdo sobre qué debía festejarse. Pero sus conflictos, por duros que fueran, no podían confundirse con la falta de interés por las tareas nacionalistas. En definitiva, fue aquel un momento de gran densidad, que dejó huella en la mirada que aún hoy los españoles arrojan sobre sí mismos. Este libro narra algunas de sus peripecias y reflexiona sobre su significado, a propósito de héroes y heroínas, gestas casi inverosímiles, epopeyas en busca de la libertad o símbolos venerados. Cuando era un estudiante con ínfulas intelectuales, me molestaba que amigos y conocidos me dijeran que me dedicaba a leer y contar historias, cuando yo prefería pensar en la Historia, con mayúscula. Hoy creo que no les faltaba razón.

Madrid, primavera de 2020.